

V. Blasco Ibáñez
El feudalismo moderno
(*El Pueblo*, 13-8-1903)

Con pavorosa frecuencia tiene que lamentar la humanidad alguna catástrofe provocada por la egoísta imprevisión del capitalismo.

Hace tres días, los cables eléctricos de Madrid, causando desgracias; anteayer la espantosa hecatombe del metropolitano de París, ferrocarril subterráneo, en cuyas galerías oscuras han perecido centenares de personas, sufriendo el más espeluznante de los martirios,

Aterra el pensar cómo vivimos: rodeados de peligros, amenazados a todas horas por la muerte, que ronda en torno nuestro, y nos acompaña al teatro que pueda incendiarse, monta tras de nosotros en el tren destinado al descarrilamiento, desciende al túnel y sigue nuestros pasos en la calle, esperando traidoramente el momento propicio para darnos el abrazo que aniquila.

La muerte, señora del mundo, que hace de la vida humana una casualidad, un privilegio cuya duración debemos agradecer cada veinticuatro horas, tiene un poderoso auxiliar que colabora con ella: el egoísmo y la rapacidad de esas grandes compañías industriales que constituyen el moderno feudalismo.

En otros siglos, el monje y el señor cubierto de hierro, lo eran todo: para ellos no existía más ley ni derecho que su voluntad y su bienestar. Hoy, después de un siglo de revoluciones en nombre de la igualdad democrática, el abad y el barón omnipotentes resucitan en el financiero que explota ferrocarriles que nunca ha visto, y se embolsa el producto de negocios que tal vez se desarrollan en los antípodas. Los dueños de nuestras vidas son los directores de las grandes empresas, sin las cuales no podemos vivir, y que no satisfechas con nuestro dinero, nos exigen a veces la vida.

Hoy no sufrimos la explotación del antiguo tirano, que al fin era un opresor *visible*, un déspota de carne y hueso, al que se podía conocer y por tanto aniquilar: el mundo gime bajo la opresión de *la compañía por acciones de la sociedad anónima*, monstruo de mil cabezas con el que es imposible combatir y que se oculta y desvanece cuando alguien intenta exigirle responsabilidades,

Toda la industria grande y los medios de comunicación del mundo están en manos de ese poder anónimo de las grandes compañías, cuya personalidad es casi para él divina, pues permanece oculta y en el misterio, haciendo, sin embargo, sentir sus efectos.

Para ellas lo único importante es el negocio. Los ferrocarriles deslizan su material defectuoso por vías que se construyeron hace cincuenta años, y apenas si se repararon después; en las minas no hay otro deseo que adelantar mucho a lo largo de los filones, sin asegurar las galerías, aunque queden enterradas en ellas los obreros; los cables eléctricos se tienden en las calles populosas, porque esto es más barato que enterrarlos, y la muerte fulminante y carbonizadora circula junto a los balcones y sobre las cabezas de los transeúntes. Por donde solo pueden transitar dos trenes sin peligro, se hacen correr diez o doce si hay público para ello: lo importante es que suban las acciones y aumenten los dividendos, pues el santo dinero, señor del mundo, y los sagrados pedazos de papel que representan valores tienen más importancia que la vida humana. El dinero cuesta de conquistar, mientras que la vida, siempre fecunda, crea gratuitamente nuevos seres que ocupen el hueco de las víctimas, y el tiempo se encarga de enjugar las lágrimas de los que sobreviven.

Este desprecio al semejante es el que hace prescindir de toda medida de precaución. Si una empresa que necesita mil empleados puede salir del paso con doscientos, limita su servicio a estos, sin miedo a la catástrofe. Importa mucho hacer economías para que aumente el interés de las acciones en unos cuantos céntimos. Y si sobreviene la desgracia, se echa la culpa a la fatalidad, al empleado que no come ni duerme para ganar dos pesetas; a cualquiera, menos a la empresa que explota el negocio, a los grandes capitalistas que sacan el producto de ferrocarriles y minas sin haberlos visto nunca de cerca, y solo por medio de los ingenieros se comunican con la materia explotada, desoyendo los consejos de prudencia y previsión, si es que han de ocasionar el más pequeño desembolso.

Ese feudalismo moderno —nacido a la sombra del progreso, como crecen los hongos venenosos en el tronco del árbol benéfico, o como nació el papado dominador de la pura savia del cristianismo— no teme responsabilidades, pues conoce su omnipotencia. Es el dueño del mundo, y lo mismo domina monarquías que repúblicas. ¿Qué gobierno

no se inclina ante los reyes del dinero, que son los que pueden sacarle de apuros en momentos difíciles?

Es verdad que en la reciente catástrofe de París, la responsabilidad de la empresa del metropolitano no resultará gratuita como aquí ocurre siempre. Los tribunales de la República francesa tienen la buena costumbre de exigir indemnizaciones por cualquier accidente, y a la citada compañía le costará algunos millones satisfacer las justas exigencias de las familias de las víctimas.

Pero aparte de esto, seguirá imperando como hasta el presente el desprecio a la vida del semejante, la imprevisión calculada y el servicio abandonado, para aumentar las ganancias y espolear el negocio, siempre con el ansia de que produzca algo más, aunque la humanidad perezca.

En España, ni aun la indemnización se reconoce para las víctimas. El que por su mala suerte descarrila, o queda aplastado en el fondo de un barranco o sale del montón de maderas y hierros limpiándose la sangre... y a casa; a dar gracias al Señor porque la cosa no ha sido más grave. Nadie es tan cándido que intente poner pleito a esas compañías, cuyos consejos de administración están formados de exministros y aun ministros. Tal país es este que, si prosperara en él la costumbre de exigir indemnización por las catástrofes, no faltarían gobiernos que establecerían penalidad para las víctimas... por litigantes temerarios,

Reciente aún la catástrofe de Montalvo, se protesta en muchos puntos de España contra los defectos de varios ferrocarriles que hacen esperar una catástrofe... y nada se consigue. ¿Qué se ha de conseguir? Es como si los siervos de otros tiempos hubiesen presentado a su señor memoriales de agravios.

La risa despreciativa del antiguo barón, seguro de su poder entre altas murallas, es la misma risa de los grandes capitalistas modernos que desde París o Londres dirigen los negocios continentales, teniendo en cada nación unos cuantos representantes asalariados, que a temporadas se sientan en el banco de los ministros.

—¿De qué se queja la gente menuda? —preguntan asombrados—. ¿No les proporcionamos con nuestro dinero los adelantos del siglo? Estas catástrofes son inevitables consecuencias del

progreso; hay que sufrir las desventajas de la civilización a cambio de sus grandes beneficios.

¡Mentira! Esas catástrofes son la obra del capitalismo egoísta. No hay que hacer responsables de ellas al progreso, sino a la rapacidad de los hombres. Cuando el progreso no esté monopolizado por una agrupación de hombres que constituyen la omnipotente masonería del dinero, cuando realice sus obras para bien de la humanidad y no por la ganancia, serán posibles las catástrofes que dependen únicamente de las fuerzas ciegas de la naturaleza, pero se evitarán para siempre esas otras que son obra exclusiva de la avaricia capitalista, del negocio duro y sin entrañas.